

persigue pegándose á vuestros vestidos y os molesta hasta tal punto que con vuestro baston y paraguas tratáis de alejarlo porque sentís una impresion como si un demonio invisible procurase asimilarse con vuestra sangre vital.»

Segun refiere *Quatrefages* los barcos de los negreros se distinguían en alta mar por el olor de la mercancía que llevaban, y *Appun* asegura que este hedor no es ménos repugnante para los naturales de Guayana, pues las mujeres y los niños se tapaban la nariz y escupían cuando se les aproximaba un negro. Las tribus del África meridional despiden también un olor especial penetrante, miéntras que el olor de los *gallas* es mucho más débil.

Que los blancos tenemos también nuestro olor específico, es una cosa muy natural y conocida entre los naturales de América que le dan el nombre de *pezuña* y afirman que los hijos de europeo y americano (indio) tienen un olor que no es el del padre ni el de la madre, sino diferente de los dos.

Acerca de los chinos se lee en el *Viaje alrededor de la tierra*, por *A. Erman*: «Regresado á Kiajta visité la casa del comerciante Kotelnikoff. Esta vez, como en muchas otras, noté al entrar en la casa rusa, un olor especial que me señaló la presencia de chinos en el salon. Personas que trasladadas rápidamente á regiones lontananas de la tierra (como algunos misioneros) se hallaron en frente del carácter específico de las mismas sin transiciones paulatinas, han hablado de cierto olor regional ó nacional, y comprendo perfectamente lo que quieren decir ahora que tengo experiencia propia; primero al entrar en Rusia y luego aquí en la frontera china, donde un ciego notaría en seguida que ha traspasado los confines rusos y sibéricos. Al olor que se percibía en Maimachen contribuían ciertamente los cirios humeantes delante de las capillas mongólicas y el vaho de los pebetes chinos; pero mucho más los chinos mismos que exhalan cada uno de ellos una atmósfera que recuerda el olor intenso del ajo y de la ascalonia. No creo que este olor proceda tan directamente como sostienen los rusos, de las muchas cebollas que los chinos comen, porque en este caso el olor no se percibiría en todo tiempo, en todos los individuos y en todas las cosas que han tocado. Por esta y muchas otras observaciones análogas se debe concluir que las emanaciones del cuerpo humano toman, en las diferentes naciones, una cualidad constante, distintiva y transmisible por herencia, además de los caracteres individuales que todo perro sabe distinguir por las emanaciones de su amo y cuya investigación pertenece á un campo que cultivará la química del porvenir.»

Para los pueblos del Norte de Europa es bastante desagradable el olor del ajo á cuyo consumo deben su olor especial los pueblos ribereños del Mediterráneo; el célebre *foetor judaicus* que han pretendido notar en los judíos casi todos los pueblos en que esta raza se ha intrudido (ó intrusado) dependerá acaso

también de su gran afición al ajo, lo cual no sería difícil averiguar; en contra de esta suposición habla el hecho de haber sido observado el hedor de los judíos por los romanos que tampoco despreciaban el ajo. Conocido es el pasaje de *Ammianus Marcellinus* (5. 5.) quien cuenta que al emperador Marco Aurelio, atravesando Palestina en su viaje á Egipto, le fastidiaron tanto los judíos hediondos y tumultuosos (*foetentium Judæorum et tumultuantium*) que exclamó: «¡Oh Marcomanos, oh Cuados, oh Sármatas, esta gente es peor que vosotros!» Por lo demás, los judíos mismos admiten la realidad de su husmo particular y todo berlines sabe que el *Dr. Eduardo Gans*, catedrático de leyes, solía decir en plena cátedra: «De nada sirven el bautismo ni el cruzamiento; aún en la centésima generación seremos tan judíos como fuimos 3,000 años atrás. *No perdemos el olor de nuestra raza* ni por décuplo cruzamiento, nuestra raza predomina siempre; de cualquier raza que sea la mujer que se case con un judío, parirá judíos.»

Naturalmente la nariz sensitiva no es ménos fina que la indo europea y muy bobo era ciertamente el doctor alemán que refiere el asombro que le causó un día un amigo íntimo judío diciéndole: «¿Para qué ocultarlo? Por más cariñosa amistad que os profesemos, los cristianos oléis mal para nosotros. El judío más sucio tiene un olor *delicioso* para otros judíos, huele á nuestra raza aunque sea cincuenta veces bautizado ó cruzado.»

Que cada individuo tiene su olor particular y que éste se comunica á los vestidos, es un hecho que conocía ya Rebeca (Génesis xxvii), y que puede comprobar toda persona que no carezca en absoluto de olfato.] N. DEL T.

El fisiólogo Gerdy decía que el órgano del olfato era el consejero del estómago. Es cierto que aspiramos con placer el olor de los alimentos cuando tenemos gana, al paso que su olor nos repugna cuando estamos satisfechos. Bajo este punto de vista la opinion de Gerdy parece fundada aceptando el estómago el consejo de la nariz (1).

Ménos contestable es el que el sentido del olfato es el complemento del sentido del gusto. Los manjares y las bebidas que no tuviesen más que sabor, hallándose enteramente desprovistos de aroma, no nos darían sino media satisfacción, una sensación grosera sin refinamiento. Esto lo prueba el hecho que cuando tenemos una coriza fuerte que nos embota el olfato, no encontramos gusto en la comida. El gusto cuando no percibe más que sabores, cuando por decirlo así, queda reducido á sus propios recursos, es siempre muy insuficiente.

[La abolición total ó parcial del gusto durante el constipado no prueba nada

(1) Sobre esta cuestión arroja mucha luz el apéndice de *La digestion y sus tropiezos*.—Barcelona 1880.—Imprenta y librería religiosa y científica del Heredero de D. Pablo Riera.



en favor de la dependencia del gusto del olfato, porque el constipado interesa á la vez la mucosa del paladar y la de la nariz.] N. DEL T.

Hemos dicho que el aire es el que lleva á las fosas nasales la impresion de los olores. Pero ¿qué es el olor tomado en sí mismo y considerado en su propia naturaleza? Es una pregunta á que es imposible contestar. El olor no consiste, como el sonido, en una vibracion comunicada al aire. Tampoco se parece á la luz ni á la electricidad. Comunmente se explica por la volatilizacion de una parte del cuerpo oloroso transportándose las moléculas volatilizadas sobre nuestros órganos olfatorios. Sin embargo, es preciso confesar que la experiencia y los experimentos desmienten irrecusablemente esa explicacion teórica.

Se ha observado que cinco centigramos de almizcle colocados en un aposento en el fondo de una vasija dejada abierta, llenaban el aposento de sus emanaciones durante varios años, hallándose al cabo de tanto tiempo íntegro el peso de la sustancia.

Haller refiere en sus *Elementos de Fisiología*, que unos papeles que había perfumado mediante un grano ó sea cinco centigramos de ámbar gris, conservaban aún su olor al cabo de cuarenta años.

Sabido es que el perro de caza persigue á las liebres durante días enteros guiándose simplemente por las emanaciones olorosas que despiden el desgraciado animal. Si las emanaciones de la liebre consistiesen en partículas materiales, su cuerpo no bastaría, á nuestro entender, para semejante diseminacion. Al final de la jornada la liebre entera se habría evaporado en emanaciones olorosas, en humo.

Sin duda hay que admitir con la opinion general que es difícil comprender como un cuerpo puede ser oloroso sin que se desprenda de él alguna cosa; pero tampoco debe tenerse algun reparo en confesar nuestra ignorancia ante los hechos naturales ni porfiarse en querer resolver un problema vital cuando resiste á nuestras explicaciones. La causa de la naturaleza de los olores, lo repetimos, se escapa á nuestras teorías.

El estudio de los olores no ha conducido aún á la invencion de un aparato para medir su intensidad ó para compararlos unos con otros.

Los olores son cuerpos impalpables é imponderables; hasta es imposible agruparlos satisfactoriamente. Linné intentó clasificarlos, distinguiendo olores *aromáticos, fragantes, ambrosíacos, aliáceos, fétidos*, etc. Fourcroy propuso otra distribucion; mas nunca se ha hecho caso de tales clasificaciones porque es imposible agrupar bien las sustancias cuya naturaleza no se conoce bien. Por esto todos los autores que se han ocupado en este asunto, han intentado una clasificacion nueva.

[Los fisiólogos más modernos se contentan con citar los ensayos de sus pre-

decesores renunciando á nuevas tentativas por falta de datos. En efecto, desde la publicacion de la *Osfresilogía* de Cloquet en 1821 hasta hoy, el estudio de los olores ha adelantado muy poco.]

La confusion que vemos en las ideas de los sabios en cuanto á los olores, se halla expresada tambien en los gustos y las preferencias de las naciones y razas bajo este concepto.

El *asa fétida*, cuyo olor inspira al europeo una repugnancia que manifiesta claramente en el nombre científico y más aún en el nombre vulgar que tiene en muchos países y es traduccion del latin *stercus diaboli*, es el deleite de los chinos, persas; y otros pueblos del Oriente, en cuyos países sirve de condimento para los platos más exquisitos. La asafétida era igualmente apreciada por los antiguos romanos que sazonaban con la misma sus manjares y bebidas.

El lapon y el éskimo [término más correcto que *esquimal*] son muy aficionados al olor del aceite de ballena que nos causa asco y los rusos se deleitan con el olor de la col agria.

Los olores impresionan muy diversamente el sistema nervioso de las personas sin que podamos explicarnos unos efectos tan anómalos.

Luis XIV no podía sufrir los olores reputados más suaves como el almizcle, la tuberosa, etc.

A La Mothe le Vayer le molestaba el sonido de todo instrumento, y Favoriti, poeta italiano muerto en 1682, no podía soportar el olor de la rosa.

Orfila cita, en su *Toxicología*, el caso de un individuo que se desmayaba al respirar el vaho de un cocimiento de linaza.

Enrique III no podía quedarse solo en una sala en que había un gato.

El duque de Epernon, contemporáneo de aquel rey, se desmayaba por el olor de un lebratillo.

El mariscal M. de Brezé (1650) perdía el conocimiento cuando veía un conejo, porque el olor ó la vista de este animal le recordaba un asesinato que había mandado cometer.

Carraccioli, favorito de la reina de Nápoles D.<sup>a</sup> Juana II, huía el olor y la vista del raton.

Erasmus no podía oler pescado sin tener calentura, y Escaligero temblaba en todo su cuerpo á la vista de berros.

Vladislao, rey de Polonia, se turbaba y huía cuando veía manzanas [mientras que á Schiller le gustaba extraordinariamente el olor de manzanas podridas.]

El astrónomo Tycho Brahe se sentía flaquear las piernas cuando topaba con una liebre ó zorra.

El canciller Bacon se desmayaba durante los eclipses de luna, y Bayle, autor



del *Dictionnaire philosophique*, tenía convulsiones cuando oía el ruido del agua chorreando de una espita ó grifon.

El mariscal M. d'Albert se ponía malo en una comida en que se servía un lechon.

El mariscal César Febo de Albret tenía por su nacimiento parentesco con la madre de Enrique IV, Juana de Albret, hija de Enrique II. Descendía de Estéban, bastardo de Albret, su bisabuelo, y de Francisca de Bearn, Señora de Miossens. Aprendió el arte de la guerra en Holanda, bajo Mauricio de Orange, sirviendo mucho tiempo en aquel país. Vuelto á Francia en 1646, fué hecho mariscal de campo. Tomó parte en los sitios de Mardyck y de Dunkerque. Su fidelidad á la reina madre Ana de Austria y al cardenal Mazarin, durante los trastornos de la Fronda, contribuyó tanto, como sus servicios, á que se le diera el baston de mariscal de Francia, el 15 de febrero de 1654. Sabiéndose en el ejército frances que el aspecto de un lechon causaba un desmayo al mariscal Albret, el mariscal Cleramboult preguntó si al batirse contra el mariscal Albret no sería ventajoso irle al encuentro llevando en la mano una cabeza de cerdo.

Se ve, pues, que no solamente en los problemas grandes, en cuestiones elevadas de la Fisiología nos hallamos rodeados de dudas y de misterios. Nos encontramos muchas veces parados y cortados cuando se trata de explicar los hechos más sencillos, las circunstancias más vulgares y que se hallan mezcladas, por decirlo así, con nuestra vida de cada día.

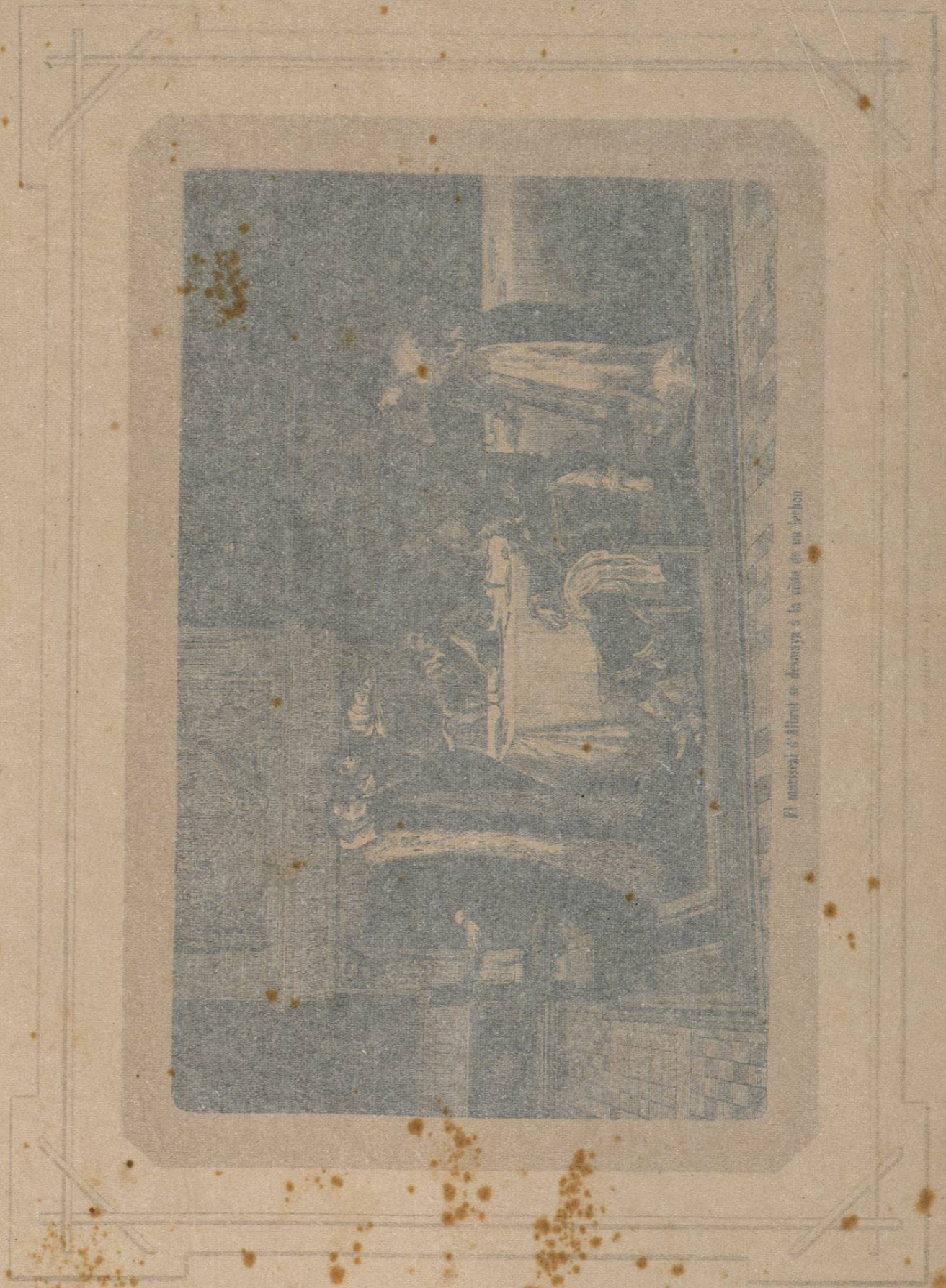
No podemos abandonar el tema del olfato sin decir algo del órgano esencial de este sentido precioso, á saber, la *nariz*, de la que en lo que precede hemos hablado solamente bajo el punto de vista anatómico.

La nariz parece tener entre otros usos fisiológicos el de preservar la membrana pituitaria, asiento esencial del olfato, de la impresion directa del aire que alteraría la sensibilidad de esa membrana, como prueba el hecho que la ablacion de la nariz, pena á un usitada entre los orientales, destruye el olfato.

Pero la nariz no sirve solamente para el olfato, sirve tambien para la respiracion, el refuerzo de los sonidos y el desagüe de las lágrimas por el conducto lacrimal.

La forma exterior de la nariz varía mucho segun las edades, los individuos y sobre todo las naciones. Este característico constituye á veces el tipo de ciertas razas. Los negros, los hotentotes, los lapones tienen la nariz chatá y aplastada. Los mongoles tienen la nariz pequeña, mientras que es más ó ménos prominente en la raza caucásica.

Los pueblos tátaros tienen generalmente la nariz plana y hundida. Los judíos tienen la nariz aguileña. Entre los ingleses la nariz es cartilaginosa y raras



El mariscal d'Albert se desmayó á la vista de un lechon.